

OPEN DE ESPAÑA 2018 DE PESCA SUBMARINA

El destino es algo insustancial, que casi siempre escapa del control de los protagonistas de la historia, marcado generalmente por la fatalidad y el fracaso (al menos eso es lo que suele mostrarse en la novela y cine negro). En este relato, los dados, arrojados por la mano diestra de Manuel Sánchez, cambiaron la suerte de los principales actores. La voz en off de uno de los personajes es la que narra lo sucedido en Cádiz, en el verano de 2018.

Barbate, 20 de julio. Manolo Sánchez y yo, asistidos por Paco Núñez como barquero, llevamos toda una semana mirando zona para el Campeonato de Andalucía de Clubes, en aguas de La Aceitera e inmediaciones del Cabo Trafalgar.

Es viernes, descansamos por fin. Hemos hecho un gran trabajo y marcado muchísimo pescado en distintas profundidades y a lo ancho de toda la zona. Por una vez, abandono mi prudencia y me muestro crecido. Estamos convencidos de sumar al menos 10 especies. Yo he prometido a Manolo aportar a la pesquera 25 piezas válidas, aunque en realidad pienso que puedo coger bastantes más, a poco que esté un poco acertado. Aunque hablamos de 40 piezas entre los dos, yo creo que podemos llegar a 50, incluso con condiciones de corriente. Nunca había tenido yo esa convicción antes. Los años anteriores hemos sido primeros y segundos. Queremos mantenernos en el pódium por tercer año consecutivo. Menudo reto.

Para comer he preparado en el horno una estupenda urta que maté en el Banco de Trafalgar el martes. Raquel nos ha esperado con la comida preparada todos estos días. Un lujo al que no estoy acostumbrado. La hora para ir saliendo hacia la reunión previa a la prueba es sobre las seis de la tarde. Todos se retiran y yo me mantengo en vela, hasta pocos minutos antes de la hora, que doy una cabezada de diez minutos.

Al momento, estamos en la calle, bajando en dirección suroeste hacia el puerto. El Sol me da en la cara y estoy aturdido. Me subo a la acera, de apenas 40 centímetros de ancho, buscando la sombra de los edificios de la calle, todavía cegado. En un instante, mientras camino, aprecio una terraza que sobresale de la fachada y giro la cabeza para apartarme. El golpe en la oreja derecha es tremendo y siento el escalofrío provocado por el corte que me ha hecho el filo de un azulejo partido. La mano tapa la oreja y pronto entre los dedos empieza a chorrear sangre. Mala cosa.

Manolo y Raquel, a la reunión. Paco y yo, a urgencias. Por fin, me ponen diez puntos de tiritas, nolutil y me recetan unos antibióticos. El médico dice convencido que, si me meto en el agua al día siguiente, hay un riesgo grande de complicación al afectar al cartílago. Lo que escucho, unido al dolor y aturdimiento, me hace pensar que estoy viviendo un mal sueño. Cuando llegan Manolo y Raquel, Paco va delante. Yo no puedo ni hablar. Lo he estropeado todo y de una forma surrealista.

Antes de este viaje a Cádiz, Manolo me proponía que, si no conseguíamos clasificarnos con plaza para el Nacional de equipos de los días 28 y 29 de septiembre, que fuera yo al Open de Veteranos, en la misma fecha y lugar, que él sería barquero. Al ser en Cádiz, en una zona que conocemos muy bien, siempre habría opciones de buscar un buen puesto. Mi respuesta fue no. En todo caso, sacar plaza en el absoluto no iba a ser fácil, dado el nivel.

Manolo, en el viaje a Almería de vuelta era el más animado. Yo estaba abatido. Paco y Raquel bastante callados, oyendo mis lamentos y los ánimos que Manolo trataba de darme. Más que ánimos. Insistía en el lado bueno: "ahora vas a ir al de veteranos y vas a subir al pódium".

Los días siguientes fueron duros, pero al menos la oreja fue bien y en 12 días pude ir al agua de nuevo.

Manolo terminó por convencerme de ir al Nacional de Veteranos, con el argumento de que ese fin de semana él iría a Cádiz en todo caso y que prefería participar del ambiente del campeonato, desde dentro, además de corresponderme a todas las veces que yo le he ayudado como barquero.

Cuando vemos las normas del Open de España de Veteranos hay una novedad importante: necesitaré un compañero que esté en el agua conmigo, pues lo han organizado por equipos por primera vez. Para mí sólo había una opción posible, descartando a Juan Fuentes, que había obtenido plaza en el absoluto y sin duda iría, al ser su hijo Marino integrante de su equipo.

Eduardo Zea es un pescador al que siempre he admirado. Familia de marinos, igual que yo. También coincidimos en ser padres de familia numerosa. Su carácter es muy diferente al mío. Esto, es lo que favorece los mejores equipos y posibilita el buen entendimiento, generalmente. Además, coincidimos en la valoración de nuestras pesqueras. La mayoría de los pescadores, al comentar su jornada de pesca al terminar, como no lleven una pesquera excepcional por piezas o algún ejemplar de gran tamaño, parece que no hayan sacado nada y se muestran contrariados. Para nosotros, volver con un corvallo de dos kilos es llevar una buena pieza y digna de ser destacada su captura. Porque ya lo pescábamos de niños y lo comíamos en casa, junto a la playa, hace cuarenta y tantos años. Las sensaciones de la infancia siguen ahí. Son los mismos estímulos, los mismos rituales. No es sólo el pescado que llevamos. Ni siquiera un deporte que practicamos. Es una filosofía de vida junto al mar.

El equipo, por mi parte, estaba hecho. Visité a Eduardo una mañana en el despacho suyo para explicarle la propuesta. El no estaba al tanto de nada y me escuchó con atención. Le transmití mi ilusión de ir con él, con la ayuda de Manolo y la convicción de pasarlo muy bien en Cádiz compitiendo, con posibilidades realistas de hacer un buen papel. Eduardo se retorció dos veces en la silla y al momento dijo que sí. Yo había ido a pedirle que lo pensara con calma y me llevé la alegría de tener equipo al momento. Además, el brillo de sus ojos, que delataba ilusión, más que sus palabras, recién recibida toda la información, me hizo salir exultante de allí. Nos emplazamos para septiembre y por el camino nos inscribiríamos. Para mí, un honor participar junto a un grande de la pesca submarina en la región.

La preparación de la prueba no iba a ser sencilla. Eduardo quería ir la semana anterior entera. Tenía que cuadrar las cuestiones laborales. Manolo y yo, ya iniciado el curso escolar, tendríamos que pedirnos un permiso no retribuido, algo fastidioso a priori, si luego el mal tiempo no nos deja ver zona. Acordamos para dos semanas antes del Campeonato estudiar las circunstancias y decidir, viendo el tiempo y todo lo demás.

Levante. Un mes de septiembre de mucho levante y mucho calor. El campeonato lo íbamos a preparar sólo el fin de semana anterior a la prueba. Eduardo tenía que ir, por cuestiones de trabajo a Madrid, el jueves de la última semana. Además, daban toda la semana una intensidad brutal de viento, siempre de la misma componente.

El viernes 20 viajamos. Álvaro Padilla nos iba a llevar a cenar pescadito frito a un local estupendo, bajo el Puente de la Constitución. Cuando lo recogimos, en la avenida de Portugal, ya había trasegado tres litros de cerveza. Cenamos estupendamente. El sábado 21 revisamos marcas el día entero. El domingo 22 hasta las tres de la tarde. El Intrépido lo dejamos ya en las instalaciones del Club Elcano, hasta el día señalado.

Teníamos unas 40 marcas revisadas y algunas cosas nuevas con las que diseñar la estrategia. Lo que más encontramos fueron mújoles y borriquetes. En gran cantidad. Peces ballesta, apenas algún ejemplar suelto. Entre los 12 y los 20 metros, muchas marcas. Sobre

todo dos núcleos de lastras grandes, con bastante escondite, para registrar bien y cargadas con sargos blancos y soldados de muy buen tamaño, maragotas y corvas un tanto escurridizas en dos piedras también. Encontramos una cortada alta con un mero de dos kilos y dos pequeñas brótolas, de la que salieron además un sargo soldado grande y algunos borriquettes. Marcamos una brótola buena por otro sitio, en una grieta con otros peces válidos, burros listados de tamaño muy justo siempre y poco más.

El recorrido por las lastras salpicadas de menor profundidad, Manolo y yo siempre lo hacemos con expectativas, pues hemos encontrado habitualmente doradas, sargos e incluso concentración de verrugatos. Algo vimos, pero no tanto. Aquí lo interesante es que se puede aportar alguna especie más, como el pez ballesta, la salema, algún medregal pequeño, que también vimos y alguna otra. Estas marcas son muy interesantes, por el ritmo alto al estar en escasos 10 metros. Pero muchas veces no se pueden pescar, en cuanto se enturbia por el mar de fondo. Ya veremos, con tanto viento que va a hacer.

En más fondo, miramos poco. Un par de marcas o tres, bastante sucias entre 23 y 25 metros, que no aportaron apenas pescado y otra en 30, que no permitía ver ni 10 centímetros más allá del cristal de las gafas. Fango.

El viento, en la semana de la competición, permitió a los equipos rivales ver zona muy bien el lunes y martes. Miércoles y jueves el levante apretó muchísimo y además llovió.

Viernes 27 de septiembre. Volvemos a quedar en mi casa para salir rumbo a Cádiz. Mañana es el campeonato. Compro tres Calippos, de fresa y lima-limón. Hace calor y tenemos mucha carretera por delante. La cosa empieza bien. He acertado los sabores. Ahora, lo suyo es acertar la estrategia. La discusión ya había empezado en el grupo de whatsapp creado para comentar las cosas de la prueba los tres. Manolo nos presionó mucho, tratando de motivar. "Tenéis que ganar. Sois los mejores. Los que conocéis mejor la zona y tenéis más ritmo. Seguro". Eduardo, parecía medio convencerse, pero yo siempre pienso que sólo puede ganar un equipo y que es difícil, porque el factor suerte, la preparación y la inspiración, que puede tener cualquiera, destacar a otros.

Estábamos de acuerdo en que con 25 piezas se haría pódium, probablemente, si nos fijábamos en lo ocurrido en los campeonatos de los últimos años en la misma zona. Esas piezas, las que van de los 25 a los 30 peces, son las que podrían marcar la diferencia entre ser terceros o primeros. Los tres coincidíamos en que 20 piezas tendrían que ser los cupos de borriquettes y mújoles. Las otras 10 piezas, las a priori más difíciles de encontrar, por la escasez, queríamos sacarlas pescando en distintas zonas, sobre todo tratando de sumar más especies gracias a los cambios de hábitats. La profundidad, descartada. Nuestra apuesta, el ritmo y las piezas.

La cuestión clave era la decisión de por dónde empezar la prueba. Yo tenía convencimiento de que debía ser por los mújoles, en poco fondo. La bajamar estaba prevista a las 12.21 horas. Por tanto, al principio de prueba, estaría a dos tercios llena, con los peces más tranquilos y con el agua más limpia que más tarde. Seguro. No debíamos arriesgarnos a que ensuciara el agua en la orilla, con la marea baja o a que nos los espantaran otros equipos que fueran antes a la zona. Además, yo pensaba que era más seguro pescar 10 borriquettes, de cualquier talla, que 10 mújoles.

Manolo, al contrario. Pensaba que primero había que ir a las marcas de borriquettes más grandes, que sólo eran dos. Habíamos visto muchos, pero en casi todas partes, de poca talla y otros equipos podían quitarnos esos de mayor tamaño y sacarnos una ventaja decisiva, si al final estábamos en un número parecido de capturas los de arriba. No obstante, cuando vimos los borriquettes grandes, teníamos muy cerca un equipo de la Federación Balear.

Además, Manolo se mostraba convencido de que, por otras marcas, se sumarían más mújoles, no haciendo falta coger los diez en la orilla.

Eduardo terminó de estropearlo, diciendo que los dos podíamos tener razón. Así pues, no se decantó la balanza hacia ninguna parte, transcurridos ya muchos kilómetros de discusión. El genio Cruyff decía que las tácticas eran todas igual de buenas. La diferencia era ser capaz de imponer la tuya.

En cualquier caso, como el que había estado en el barco era Manolo y los que habíamos visto el fondo éramos Eduardo y yo, acabé por presionar lo suficiente para ir primero a por los mújoles.

En la reunión, como siempre: que si el equipo de Manacor ha marcado corvinas y samas grandes; que si estos tienen borriquetes de cinco y seis kilos; que si los catalanes tienen tres meros. En todos los deportes pasa igual. Cuando llega la competición, si escuchas lo que se comenta, te mareas y dudas. Todo el mundo tiene posibilidades. Hay nueve equipos. Dos son de Baleares y otros dos, catalanes. Por Andalucía, además de nosotros, compiten los gaditanos Machuca y mi amigo Virgilio Pérez que, seguro que conocen la orilla como nadie, aunque, con piel de cordero, dicen que ellos van a otro ritmo. Dos equipos han venido de Galicia y el otro es de Valencia.

Nuestra estrategia está decidida. Vamos a intentar sacar 30 peces. Por supuesto, yo prometo una urta. Siempre que voy a Cádiz cojo alguna. El fin de semana de preparar zona, las pocas que vimos, no daban el tamaño.

Día de la prueba. Seguimos a los barcos de la organización toda la procesión de participantes, tanto los del absoluto, como los veteranos. Pasamos bajo el Puente Nuevo, bordeamos las murallas de Cádiz y al pasar el Castillo de San Sebastián, entramos en zona, que llega casi hasta Torregorda, avanzando hasta la mitad, donde se dará la salida. Eduardo aún no se ha quitado su gorra de la suerte y yo llevo escondida en un tambucho mi camiseta del Cádiz, que sólo me pondré de regreso, si hacemos cerca de las 30 piezas. El agua no tiene muy mal color. Imposible saber a contraluz y desde donde estamos si la orilla estará practicable, pero está muy plana y a socaire. Buena pinta. Ya estamos positivos, tratando de crear atmósfera de motivación. Nuestra prueba es sólo cinco horas y tenemos que esperar bastante rato hasta las nueve, que será cuando Tarzán de la salida, no sin antes ofrecer una buena muestra de chistes y gracia gaditana.

Directos a la orilla, a toda velocidad, nada más oír la señal. Sólo dos barcos van con nuestra misma proa. Bien. Además, abandona uno enseguida y el otro a los quince minutos escasos. En cinco minutos he matado dos mújoles. Eduardo, ninguno todavía. Apenas hay tres metros de visibilidad. Luego, como estamos cubriendo zona un poco separados, buscando entradas de cardúmenes, pregunto a Manolo si Eduardo le ha dado alguno, antes de darle mi tercero. La respuesta es que ya ha cogido cuatro. La cosa va bien. Aunque no hay tantos como en los días de reconocimiento, terminamos los diez en menos de cuarenta minutos, sin sumar salemas, picudo, ballesta u otras especies de orilla.

Rumbo a la primera marca de borriquetes. La que los tenía más gordos. Bajamos a la vez. El agua bastante limpia. A la caída se ven unos 15 ejemplares y dos destacan por su tamaño claramente. Eduardo dispara uno de estos, apuntando hacia abajo mientras llegaba y falla. Los peces se alejan bastante y yo me poso en el fondo sin seguirlos. Prolongando la espera, van volviendo a la piedra hasta que el otro grande se me pone a tiro y lo dejo muerto, retirándome despacio. Eduardo, mientras tanto ya había montado el fusil y nos cruzamos en direcciones opuestas. En esa bajada mata otro, pero el pescado desaparece. Vamos

cambiando de marcas y buscando esos borriquetes mayores. Hay menos pescado que el fin de semana anterior. Tendremos faena.

En la cuarta marca de borriquetes Eduardo consigue uno y yo un buen doblete y luego otro más. Vamos acercándonos a las 20 piezas, aunque sólo llevamos dos especies.

El recorrido de lastras de menos fondo, lo hacemos mientras termina de bajar la marea. Las marcas no tienen sargos y, además, el agua está turbia, aproximadamente 1,5 metros de visibilidad, con los boquetes también tapados con fango. Las vamos revisando en línea, por orden. Manolo, con gran precisión señala sobre la vertical y nos acercamos uno u otro, alternativamente, nadando y corrigiendo la boya cada vez. En la piedra de los verrugatos veo una mancha blanca. Me parece la boca de un sargo soldado y disparo. Al bulto. Era un buen borriquete de 1.5 kilos. Cuando aclara lo justo, vuelve a asomar otro, que también saco, de igual tamaño. Idéntico. Sólo se distinguía del fango el blanco de los labios. Después, tres sargos más había detrás, pero les faltaba talla, igual que los que íbamos viendo en otras lastrillas. Una pena, porque al sacar los borriquetes ya se veía mejor. Mientras tanto, Eduardo pinchaba otro buen borriquete en una lastra cercana y se le salía una dorada de otra.

Navegamos ahora hacia la tercera parte de nuestro campeonato, la que había de ser marcar las diferencias a priori, a través de sumar piezas y especies. La brótola, no estaba. Tampoco ningún pescado dentro de esa buena raja, que la semana anterior, cuando la encontré, tenía también cuatro borriquetes al menos. La cortada vertical alta del mero, estaba siendo pescada por uno de los equipos catalanes cuando llegamos allí y nos fuimos. En tierra, después, nos dijeron que perdieron un mero bueno pinchado que no pudieron extraer. Es posible que hubiera sido en ese lugar. En algunas marcas rápidas, sumamos tres maragotas. Dos Eduardo, que también aportó el primer sargo, y yo una.

Las lastras de variado, con corvas, sargos y sargos soldado eran nuestro final de campeonato. Quedaba algo más de una hora y llevábamos 24 peces.

Al llegar a la marca más caliente, por fuera no se veía nada. Empezamos a registrar con linterna. En un momento dado, a mitad de descenso cruza un sargo soldado de 1.650, que disparo a la caída y fallo con un tiro que le señala el lomo, sin atravesar. Horror. Eduardo, que bajaba detrás, contempla la escena y sigue tras el pez que termina escondiéndose. Un buen corvallo, asustado por el revuelo, se esconde en el mismo sitio. Yo miro mientras asciendo y los segundos hasta que Eduardo dispara son eternos. Finalmente, sale de la piedra con el breado ensartado. Momento de euforia, porque mi fallo ha sido arreglado. La corva, desaparecida definitivamente, no asomaría más.

Esta última hora fue un recital de Eduardo, porque aportó, mientras yo sólo encontré mi urta prometida, tres sargos más y un pez ballesta que ya no esperábamos. Después, a bordo, explicó que lo vio al final de una apnea y le falló el tiro. Como lo tenía aún a la vista, montó el fusil sin subir y lo siguió a toda velocidad, para atravesarlo en el segundo disparo. De otra forma, probablemente lo hubiéramos perdido. Por el momento de campeonato, yo creo que fue la pieza más celebrada, pues era especie nueva.

Ya teníamos 30 piezas. En este último rato yo había quedado atrás, a pesar de seguir motivado y estar bien físicamente. Sencillamente Eduardo encontró esos últimos sargos, donde la semana pasada había bastantes y yo en el día clave, registrando las mismas piedras, no fui capaz de verlos. El premio a mi perseverancia fue en la última bajada. Con Eduardo ya a bordo, subí con otra urta, sacada esta vez a la espera, tras divisarla después de registrar con linterna el filo de la arena de unas lastras, tras dejarme llevar un poco por la corriente, fuera de marca. Otra captura muy celebrada a bordo. 31.

Manolo chocó nuestras manos y dijo: "Habéis pescado como dos maestros".

La satisfacción era total. El objetivo de capturas estaba cumplido y las expectativas de podium eran seguras, a tenor de lo que se iba comentando al volver navegando, desde los barcos de la organización y los de los otros equipos. Inmediatamente me vestí con mi camiseta del Cádiz y Eduardo volvió a calzarse su gorra, que tiene algo más que solera. Tarzán y todo el mundo parecían darnos por ganadores antes del pesaje. Los cuatro equipos catalanes y baleares cantaron entre 18 capturas y 23 o 24 el que más, todo pescado de poca talla. El resto de equipos cantaron que llevaban entre 15 y 20. Lo que era seguro es que podium íbamos a hacer, pues nuestras piezas daban la talla, a priori, todas.

Eduardo realizó 136 bajadas y yo 116. Está fenomenal para 5 horas y con muchos cambios de marca. La efectividad respecto a las oportunidades de disparo, muy alta en ambos.

El avituallamiento de los deportistas fue estupendo. Unas fiambreras con fruta cortada, bocatas y bebidas isotónicas. Sin embargo, a la hora de tomarlo, la fruta estaba algo oxidada y caliente. Esperamos a amarrar para comer. El potaje de garbanzos con bacalao estaba muy rico, aunque a Eduardo, que también había tomado algo de fruta, no le sentó muy bien. Llegaba la hora del pesaje y mi compañero daba carreras hacia los baños para vomitar compulsivamente. Podíamos seguir su rastro por lo que fue arrojando por los suelos. Al rato, quedó aliviado y se pudo hidratar bien.

El pesaje era en una nave grande del Club Elcano. Espectacular y con gradas incluso. Gran organización. Nosotros, además, como andaluces estuvimos alojados en sus instalaciones, de forma gratuita, junto al resto de pescadores participantes de nuestra región. Todos los días que fuimos y también los que estuvimos preparando la prueba. Compartimos con integrantes de otros equipos andaluces allí varias tertulias, un buen desayuno con el equipo de Luis Alcántara y Sergio, que fueron con sus mujeres, en el Bar La Escalera, en la Avenida. Incluso mandamos a la cama a algún barquero que, tras pasar toda la noche de copas, insistía en acostarse con Manolo. Bueno, en su cama. Menos mal que nosotros ya estábamos en pie.

Los veteranos fuimos los primeros en pesar. Después de varios equipos, nos reafirmábamos en nuestras posibilidades. Sin embargo, inmediatamente antes que nosotros, el equipo de Perlas de Manacor vacía sus sacos de pescado y no llevan las 23 o 24 piezas que decían, sino 35, según contamos nosotros. Luis el pescadero y Tarzán empezaron a separar por especies y a apartar las piezas dudosas para pesarlas una a una y ver si son válidas por llegar a 500 gramos. Pasamos varios minutos de gran incertidumbre. Me Parece increíble que me pregunten lo que llevamos en la mar, con franqueza les detallo nuestra pesquera, y que correspondan a mi respuesta diciendo que nosotros vamos por delante de ellos, porque sólo llevan 23 o 24. En cualquier caso al final su pesquera se quedo en 29 y 43.395 puntos, con sólo el cupo de borriquetes y pescado que, a mi me parecía, sensiblemente de menos talla que el nuestro. Esto ya no se nos puede escapar, pensamos.

Nuestro turno de pesaje es ahora. Clasificado nuestro pescado, Luis separa los mújoles más pequeños que llevamos, como únicas piezas dudosas. Es increíble el oficio que tiene. El primero, 490 gramos. No vale. Perdemos un pez y un cupo. Nos entra pánico, pues al menos hay otro idéntico de talla. En la báscula, 505. Confirmado. Tenemos 30 piezas válidas y estimamos que son de más peso que las de nuestros anteriores rivales. Los comisarios de la mesa empezaron a felicitarnos antes incluso de terminar la pesada y que el ordenador sacara la puntuación final. 50.830 puntos.

La alegría que compartimos fue muy grande. En realidad, la auto exigencia de ir con el objetivo de ganar supone una cierta presión. No es que otro resultado hubiese sido una decepción. Nosotros hicimos un planteamiento, poniendo primero los mújoles y el equipo que más mújoles sacó, después de nosotros, sólo tenía cuatro. ¿Qué hubiera pasado si no vamos

en primer lugar a la orilla a por estos peces? ¿Qué hubiera pasado si la mayoría de los equipos hubieran empezado también por los mújoles? Es imposible saber si hubiéramos hecho 30 peces o no, si hubiéramos ganado o no. El caso es que, el planteamiento dio los frutos esperados, exactamente como se previó y además, no hubo ningún giro del destino que echara al traste con nuestras expectativas, ya fuera avería mecánica de la embarcación, indisposición de alguno de los miembros del equipo o falta de acierto, coincidencia con otros equipos en las mismas marcas etc. El éxito fue no equivocarnos en las decisiones y en el agua hacer las cosas con la eficacia necesaria para subir los peces previstos al barco. La clasificación depende también de lo que los otros hagan y esta vez pescamos tranquilos y nadie hizo más puntos que nosotros.

La cena de Gala fue una maravilla. La calidad del catering, indiscutible. Sobre todo, con ibéricos, productos gaditanos del mar y canapés, empanadas de masa y hojaldre y otras delicatessen. Cerveza muy fresca y abundante también.

El homenaje a Manuel Baena, reciente y tristemente fallecido, y la entrega de trofeos, muy emocionante. Todo el mundo nos felicitó. Disfrutamos mucho conversando con David Fernández Montero y Philippe Chapuis, campeones absolutos, con quienes nos fotografiamos posando con los trofeos, así como con tanta gente del mundillo, muchos participantes.

El viaje de vuelta, una fiesta. Por la mañana recogimos y lavamos todo. Salimos de Cádiz hacia casa y Eduardo, al rato de arrancar el Volvo dijo : “Bueno, objetivo cumplido” agarrado al volante y con una mueca de satisfacción y una mirada de complicidad que no voy a olvidar. Comimos en la venta de carretera de la bajada al pantano de Bornos. Pedimos guisos de caza, que ofrecía el menú. Hasta llegar a casa, batallitas mil y mientras Manolo, artífice de todo esto, al que debo esta y otras muchas alegrías vividas durante ya muchos años, le daba al Whatsapp, Eduardo y yo discutíamos sobre las letras de las canciones de Sabina que escuchábamos. Por cierto, otro tipo que ha conducido mucho por las curvas del destino. Esta vez, a nosotros nos ha salido el siete, pero no de la calle Melancolía, sino del otro barrio: el de la alegría.